

**MUNDO UNIVERSITARIO VS. MUNDO LABORAL.
EL CASO DE LOS JÓVENES SOCIÓLOGOS DE LA
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES**

Juan Pedro Blois
CONICET-UBA

Introducción

Desde la vuelta de la democracia a mediados de los ochenta, el ejercicio de la sociología en Argentina ha crecido en importancia y magnitud. Por un lado, en el medio académico comienza un proceso de recuperación y expansión que se traduce en un mayor número de lugares donde se practica y enseña esta disciplina. Por otro lado, se produce, *vis à vis* la demanda de distintas instituciones, un crecimiento y heterogeneización de las inserciones profesionales no académicas de los sociólogos. Aunque no se tratara de un hecho sin precedentes, la expansión de estas inserciones conllevó una profunda redefinición del escenario de la sociología local, con un número creciente de individuos que utilizan las herramientas propias de la disciplina en distintas instituciones: dependencias estatales, agencias y consultoras, ONG's, grandes empresas, etc.

Ahora bien, el proceso de desarrollo de las inserciones laborales no académicas no ha sido lineal ni ha estado exento de tensiones. Paralelamente a la difusión de estas inserciones, se produce en la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, la institución que formaba el mayor número de sociólogos, una reactualización y recuperación de la tradición crítica que predominó en esta institución en el período

previo a la dictadura militar. Según esta tradición, la disciplina, lejos de ser concebida como un conjunto de técnicas y saberes especializados susceptibles de participar en procesos de asesoramiento y toma de decisión de distintos actores fuera del mundo universitario, es asumida como una “vocación” tendiente a la crítica de las relaciones y jerarquías sociales establecidas. En esta visión, más que como una “profesión” que, a la manera de cualquier otra, debe competir con distintas especialidades en el mercado laboral, la sociología es entendida como una herramienta implicada en la promoción de cambios sociales a favor de los sectores menos favorecidos.

En este marco, el presente artículo se propone analizar las tensiones entre la definición de la sociología que los sociólogos incorporan en su paso por la Carrera y el desarrollo de las nuevas inserciones laborales. Se trata de analizar los efectos que una particular forma de concebir la sociología ha tenido en las prácticas de los sociólogos insertos fuera de la academia. El trabajo se organiza en tres partes. En la primera, se reconstruirán algunos de los rasgos que caracterizan la formación de la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, dando cuenta de su relación con el mundo del trabajo. A continuación, se analizará la forma en que los graduados, formados por una Carrera que relega la cuestión laboral, se posicionan en el mercado de trabajo. Se buscará dar cuenta, en ese sentido, del modo como se procesa el desfasaje entre el ideal inculcado en la formación universitaria y la práctica profesional concreta. Finalmente, se ensayarán algunas conclusiones [1].

La Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. La sociología como vocación

La reorganización de la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires que siguió a la recuperación de la democracia se dio en el marco de una decidida reivindicación de la tradición crítica que había dominado la institución en el pasado. En un contexto signado por la fuerte activación y movilización del estudiantado, el retorno de varios profesores del exilio y la restitución de ciertos sociólogos que habían sido cesanteados y expulsados de la universidad, se afirmó una idea de sociología asociada al compromiso por la intervención social y política, que ponía en un plano ciertamente secundario la preocupación por la salida laboral de los futuros graduados. La sociología, más que como una profesión capaz de ofrecer sus servicios técnicos a una variada

clientela, fue entendida como una vocación por la intervención colectiva y crítica para cambiar la sociedad.

Lo anterior, sin dudas, se inscribía en el proceso más amplio de reactivación social y política que signó los primeros años de la recuperación de la democracia. Ese momento, caracterizado por un fuerte optimismo respecto de las potencialidades del régimen que se reinstauraba, coincidió con una decidida afirmación de la voluntad política como instancia desde la cual propiciar profundas transformaciones sociales. El clima de efervescencia que agitaba a la sociedad permeó con fuerza el proceso de reorganización de la Carrera motorizando una idea de sociología que buscaba una conexión con la práctica política en detrimento de las versiones más profesionalizadas de la disciplina.

En ese contexto, dos elementos fueron fundamentales. De un lado, el perfil de los profesores más prestigiosos, mucho más identificados con el papel de “intelectual” implicado en las discusiones públicas que con el de “técnico experto”, definido como especialista que opera a partir de la racionalidad instrumental. Del otro, las orientaciones del estudiantado movilizad, en particular de sus agrupaciones políticas que desde temprano ejercieron una considerable influencia en la definición de las decisiones que hacían a la reorganización de la Carrera [2].

Observando las consignas y reclamos de las agrupaciones estudiantiles relativas a lo que debía ser la sociología como disciplina e institución universitaria en esos primeros años, se comprueba que lejos de buscar una profesión como cualquier otra de las que se ofrecen en una universidad, lo que pretendían era un punto de miras y acción que los vinculara a la sociedad desde una posición crítica. Atraídos por la figura del académico comprometido con la política, reclamaban de la Carrera una conexión con los sectores dominados de la sociedad. La figura del sociólogo se asociaba estrechamente a la del militante. Su labor debía estar al servicio de una sociedad justa e igualitaria. La demanda de una apertura de la Carrera hacia las necesidades de la “sociedad” y de la “clase obrera” o el “pueblo” devino una constante. En definitiva, los estudiantes movilizad buscaban en la sociología mucho más de lo que habitualmente se busca en una carrera universitaria.

En ese marco, es comprensible que los sociólogos de mayor trayectoria en las actividades vinculadas al análisis de mercado y a los estudios de opinión, verdaderos promotores de estas actividades en el medio local, prefirieran no integrarse a la renovada carrera. Si bien hubo quienes se inscribieron en los concursos de las áreas de “metodología” y “estadística”, al momento de la entrevista no se presentaron. El perfil que la Carrera cobró en esos primeros años se reveló incompatible con el estilo de sociología que practicaban y estaban interesados en difundir.

Sin duda, la resistencia que habrían encontrado hubiera sido muy fuerte. Es que los estudiantes movilizados, como indicamos, mucho más que un medio de vida, buscaban un ámbito de reflexión crítica. Las agrupaciones estudiantiles, más allá de sus diferencias políticas o ideológicas, coincidían en que la Carrera debía formar “sociólogos críticos con autonomía intelectual”. Dados estos fines, cualquier preocupación por las posibles salidas laborales de la sociología —precisamente aquello a lo que podía dar respuesta este grupo de sociólogos— quedaba en un plano secundario. Los capitales y habilidades acumulados en su ejercicio profesional estarían privados de cualquier valor en el ámbito de la Carrera [3].

Así lo demuestra la experiencia de algunos sociólogos más jóvenes dedicados al trabajo de consultoría en análisis de mercado y estudios de opinión que se incorporaron como docentes. En estos casos, se produjo un fenómeno curioso. Su inserción profesional principal era invisibilizada, produciéndose un divorcio entre la actividad docente y la actividad laboral: en sus clases no harían referencia a sus trabajos por fuera de la academia. Incluso allí donde enseñaban metodología, no ofrecían contenidos vinculados a su experiencia profesional. Sin poner en cuestión la definición de la sociología como una práctica eminentemente académica, explicaban las técnicas e instrumentos de investigación sin destacar sus potenciales usos no académicos, aquellos con los que se ganaban la vida.

Más allá del consenso tendente a la convivencia de perspectivas y estilos diferentes, dada la imagen de la sociología legítima que dominaba la institución, las versiones de la disciplina más vinculadas al mercado laboral, no tuvieron expresión en la Carrera —sea porque hubo quienes prefirieron no participar de este espacio, sea porque quienes sí lo hicieron no incorporaron los contenidos de su práctica profesional a sus clases.

En esas condiciones, sólo la enseñanza e investigación universitaria se presentaban en el horizonte de la mayoría de los estudiantes como fin deseable. En una institución que, pese a su declarado pluralismo, promueve un ideal de sociólogo ligado a la vida académica que excluye y no refiere los usos no académicos de la disciplina, aquella constituye de manera irremediable la opción laboral más visible. El resto de las salidas laborales aparece, en el mejor de los casos, como un consuelo y, en el peor, como una “traición” a la formación recibida.

En lo sucesivo tal situación no fue modificada sustancialmente. Cuando el entusiasmo inicial fue dando paso a la desilusión por las promesas incumplidas de la democracia, las condiciones no variaron. Con el cambio de década y la instauración de los programas de ajuste y modernización económica que significaron para la Universidad de Buenos Aires un notorio agravamiento de su situación presupuestaria, buena parte de quienes participaban del espacio de la Carrera asumieron el mantenimiento de lo dado como una defensa de la institución universitaria. Frente a las agresivas iniciativas oficiales, la reluctancia a introducir cambios en la currícula aparecía como un acto de “resistencia”. En un marco social y político dominado por los discursos e iniciativas de corte neoliberal, el procesamiento institucional de la cuestión laboral y profesional de los sociólogos no se veía favorecido [4].

Desde que el plan de estudios fuera aprobado a comienzos de 1988, no se produjeron reformas del mismo que contemplaran los cambios que se fueron dando en las inserciones laborales de los sociólogos. Tampoco se constituyeron desde las sucesivas direcciones de la Carrera instancias institucionales donde se pudiera reflexionar colectivamente sobre la pertinencia o actualidad de la formación recibida ni sobre la inserción laboral de los graduados en un espacio donde los estudiantes pudieran informarse sobre las posibilidades laborales que se abren al momento del egreso [5].

Desde la institucionalización universitaria de la disciplina, toda carrera de sociología, en cualquier país del mundo, se ve enfrentada a una tensión entre dos tendencias contrapuestas: favorecer la sociología como discurso crítico —impugnadora de la dominación y las relaciones de poder establecidas— o estimular la sociología como profesión —preocupada por garantizar a sus practicantes una buena inserción en el

mercado laboral. De esta tensión deriva una ambigüedad constitutiva de la sociología universitaria, ambigüedad que, en la Universidad de Buenos Aires, tras la vuelta a la democracia, en consonancia con la trayectoria previa, tendía a definirse en favor del primer polo.

Los sociólogos en el mundo del trabajo

Fueron relativamente pocos los graduados que al terminar sus estudios podían insertarse en la actividad académica. El resto, por el contrario, debía realizar tareas que muchas veces resultaban ajenas al ideal de sociólogo en el que habían sido formados. Tal situación los obligó a lidiar con una tensión permanente entre ideal y práctica profesional. Como señala Beltrán (2005: 487), “la emergencia de estos espacios de inserción profesional crea en el ámbito de la carrera de Sociología una tensión con el perfil intelectual que ella propone. Esa tensión no se vincula sólo con los contenidos de la currícula y la 'demanda' del mercado sino con el hecho de que muchos egresados, ocupados como profesionales públicos o privados, deben justificar su práctica frente al modelo planteado por la carrera”.

La cuestión de los límites disciplinarios —expresado en una persistente pregunta, ¿lo que hago es o no sociología?— se conforma como una dimensión central del propio trabajo de estos sociólogos, como un interrogante cotidiano que acompaña su desempeño. En la medida en que la institución relega tales inserciones y no posibilita un diálogo sobre las implicancias de trabajar fuera de la academia, su respuesta recae sobre los individuos. Serán ellos quienes elaboren y reelaboren, de acuerdo a sus distintas experiencias y recorridos, un conjunto de racionalizaciones que justifiquen y legitimen sus prácticas en tanto sociólogos.

El ingreso al mundo del trabajo

Dado que las posibilidades disponibles para insertarse laboralmente fuera de la academia no tienen un lugar prominente durante la formación universitaria, el camino laboral debe ser gestionado de manera individual. Ya sea a través de una tradicional búsqueda en la sección de los anuncios clasificados del diario —que sólo ocasionalmente solicitan “sociólogos”—, a través de la recomendación de algún

compañero o gracias al acercamiento informal a un profesor con alguna actividad profesional fuera de la academia, las primeras búsquedas laborales se dan a tientas, en un marco signado por la incertidumbre frente al escenario que se abre con la finalización de los estudios.

En este sentido, a diferencia de otras disciplinas o profesiones donde los trayectos laborales están más pautados, en el ámbito de la sociología no existen criterios claros para proyectar una carrera profesional. Si bien con el tiempo se fue produciendo una cierta consolidación de los distintos espacios de trabajo, los canales de acceso a los distintos dominios posibles de ejercicio de la sociología permanecen poco institucionalizados. De modo tal que las capacidades o credenciales necesarias para insertarse en el mundo laboral no siempre son conocidas por los propios graduados. Ello, sumado a la propia diversidad que presentan los distintos ámbitos, hace que para los jóvenes sociólogos el ingreso al mercado laboral aparezca como una incursión en un terreno prácticamente desconocido. En ese contexto, cobran relevancia las redes informales de allegados que facilitan aquello en lo que la Carrera, en tanto ámbito dominado por una definición de la sociología disociada de la cuestión laboral, se declara prescindente: el conocimiento de las oportunidades de inserción profesional [6].

Una vez insertados laboralmente, los jóvenes sociólogos deben emprender un arduo trabajo de aprendizaje que, si bien se da en todo aquel que formado en cualquier profesión ingresa al mercado laboral por primera vez, en el caso de la sociología puede implicar la puesta en suspenso o franco distanciamiento de la formación recibida. Así, lejos de percibirse como una aplicación de lo que se ha aprendido en el paso por la universidad, los sociólogos refieren una apremiante necesidad de aprender todo “desde cero” [7]. Como sostiene Beltrán (2005: 509), para quienes han ingresado al mundo laboral no académico existe una suerte de “ruptura”, un antes y un después claramente marcado e identificable, que contrasta con quienes se han dedicado a la academia para los que habría continuidad entre sus tareas y el paso por la carrera. No se trata simplemente de acomodarse a los ritmos de un trabajo nuevo, sino de una situación capaz de poner en cuestión aquella cosmovisión en los que fueron formados.

Trabajo y sociología. El sentido de la permanencia de un vínculo con lo académico

Dada la tensión con el ideal transmitido en la Carrera, es significativo que muchas veces el ingreso al mundo laboral no académico sea percibido como algo transitorio, como un medio de vida necesario mientras se busca la posibilidad de hacerse un lugar en la academia. En la medida en que, al menos inicialmente, las inserciones académicas no ofrecen un sustento económico suficiente —por lo general, tienen un carácter *ad honorem*—, el trabajo por fuera de la academia aparece como un medio indispensable para poder participar de actividades o grupos de investigación que, en la visión de estos sociólogos, representan un ámbito de ejercicio de la disciplina ciertamente más atractivo [8].

En estas condiciones, la posibilidad de realizar trabajos académicos sin una remuneración —como docente, como asistente de algún investigador, etc.— es asumida con naturalidad, constituyéndose como una práctica extendida. Tal pluriactividad, además de cierta sobrecarga laboral, supone la circulación de estos sociólogos por ámbitos entre los cuales no encuentran demasiados nexos. Si unos, tensionados con el ideal de lo que un sociólogo es o debería ser, sirven como medios de vida, los otros permiten conectar con ese ideal solamente a través de una práctica laboral no remunerada. En este contexto, las actividades académicas devienen algo más que una instancia de aprendizaje o de profundización de la formación: ofrecen la sensación de seguir vinculado a la sociología, de modo tal que su inserción profesional por fuera de la academia no conlleve un corte de amarras con la disciplina en la que fueron formados. Para estos sociólogos, dada la idea de sociología que recibieron en su paso por la carrera, alejarse de la academia puede aparecer como una ruptura con la sociología sin más. De ahí la importancia simbólica de una inserción académica, por más marginal que sea en términos materiales.

Ahora bien, no es infrecuente que llegue un punto en que las necesidades económicas o la falta de tiempo impidan continuar realizando trabajos sin una contrapartida material. El abandono de este tipo de inserciones académicas es vivido, en esos casos, como un quiebre en la trayectoria individual, como una sensación persistente de haber sido “expulsados” de la facultad (Beltrán, 2005: 509). En ese marco, el ingreso al mundo

laboral no académico, una vez fallido el intento de incorporarse a la academia, es percibido como definitivo.

“¿Viste el esfuerzo que es hacer un proyecto de investigación? Yo me entero cuando saltó la incompatibilidad de que el director no podía presentarme... Ahí, te juro, ese día fue medio decisivo. ¿Viste cuando decís: *bueno, ya está, el mundo académico no es para mí... ?*” (Socióloga, sector estatal)

Un dilema recurrente

Dada la definición de la sociología como una actividad vinculada a la academia o al compromiso militante, no es extraño que la sociología aparezca para muchos graduados como una actividad amateur, como una actividad que requiere como contrapartida la realización de una labor sin conexión con la disciplina, realizada con una finalidad puramente instrumental. Si se puede “vivir para” la sociología, la posibilidad de “vivir de” la sociología aparece como algo sumamente incierto trazándose una divisoria entre práctica “sociológica” y práctica “laboral”. Si una ofrece satisfacción intelectual o política, la otra cubre necesidades materiales. En ese contexto, la sociología se escinde de la idea de trabajo a punto tal que es posible que se viva con cierta sensación de sorpresa cuando una de estas actividades se traduce en la obtención de algún ingreso regular. En estos casos, quizá extremos y por ello mismo particularmente significativos, los polos de la tensión profesión-vocación aparecen claramente disociados.

“Me acuerdo que ganaba 90 pesos por mes. Pero, bueno, fue una primera sensación de *ah, bueno, sí es posible ganar una beca. Sí, es posible que te paguen para hacer algo lindo. Sí, es posible que te paguen por hacer sociología*. Porque cuando yo empecé el imaginario era *no vas a laburar nunca de socióloga. ¿No? Esa era la idea.*” (Socióloga, académica, anteriormente, sector privado y estatal)

A la hora de ganarse la vida, estos sociólogos se hayan frente a un dilema profesional análogo al que caracterizaba la situación de los músicos de jazz estudiados por Becker hace algunas décadas. Según el sociólogo norteamericano (2009: 109), “el problema más angustiante en la carrera del músico promedio es la obligación de elegir entre el éxito convencional y los estándares artísticos que él posee. Para alcanzar el éxito, siente

que es necesario ‘volverse comercial’, vale decir, hacer una música acorde a los deseos de quienes no son músicos y son sus patrones. Al hacerlo, sacrifica el respeto de los otros músicos y, en la mayoría de los casos, el respeto a sí mismo. Si sigue fiel a sus estándares, por lo general queda condenado al fracaso para el conjunto de la sociedad”. Para los graduados de sociología, del mismo modo, la profesionalización, el asegurarse un medio de vida a partir de sus destrezas o saberes, puede conllevar una cierta merma de su identidad como sociólogos, una cierta relegación de lo que entienden por sociología. En la medida en que la vida académica permanece como el estándar reconocido como legítimo, ellos emprenderán un conjunto de racionalizaciones y justificaciones de las opciones tomadas pues, como aquellos músicos que se han “vuelto comerciales” deben lidiar con una profunda tensión.

Como apunta Braga (2009: 162), para el caso de los científicos sociales dedicados a la investigación de mercado en Brasil —pero que puede ser extendido para los sociólogos argentinos cuyas inserciones principales están fuera de la academia—, “la presencia de racionalidades individuales justificadoras [...] hace suponer que los científicos sociales que trabajan en análisis de mercado o estudios de opinión se constituyen típicamente como desviados en relación con sus pares académicos” [9]. Los sociólogos cuya inserción principal se da por fuera de la academia deben apelar a un conjunto de racionalizaciones para justificar su apartamiento de la norma que incorporaron en su paso por la Carrera: el sociólogo es alguien que se dedica a la vida académica [10].

Ahora bien, como sostiene Becker, la cuestión de la marginalidad depende de la perspectiva que se adopte. Aquellos actores que son acusados de infringir una norma pueden considerar, tal como a menudo ocurre, que los verdaderos marginales son sus acusadores. Por supuesto, lo que está en juego aquí es la definición de la norma que se pone en juego. En el caso de los sociólogos, la definición legítima de la disciplina a partir de la cual se determina quienes están “dentro” y quiénes “fuera” da lugar a un continuado conflicto y dinámica de distinciones. Dependiendo de qué perspectiva se tome, los desviados serán unos u otros. De ahí la importancia y los efectos bien concretos que tienen las luchas por la definición de la sociología [11].

Una distancia que reconoce grados. El trabajo en el sector privado vs. el trabajo en el Estado y las Organizaciones de la Sociedad Civil

En tanto “mapa cognitivo” que orienta sus percepciones —sobre sí mismos, sus pares y los posibles ámbitos de ejercicio profesional—, la definición de sociología incorporada en el paso por la Carrera clasifica las distintas inserciones laborales de acuerdo a su proximidad o lejanía respecto del ideal de sociólogo en una gradación que va desde lo “más” sociológico hasta lo “no” sociológico. En este sentido, que dos inserciones no respondan a la idea dominante no significa que sean igualmente consideradas fuera de la sociología: alguna puede ser “más sociológica” que la otra.

Aun cuando la investigación de mercado es una de las áreas donde se hace mayor utilización de la metodología y las técnicas de la investigación sociológicas, constituye, dados sus fines, la actividad más tensionada con el ideal de la sociología. Según éste, la disciplina no sólo debe tratar cuestiones más “relevantes” que la medición de una marca o las estrategias más convenientes para vender un determinado producto, sino que debe contemplar una finalidad vinculada al compromiso social y político por transformar la sociedad, compromiso que reniega de cualquier finalidad comercial o búsqueda del lucro privado. En ese sentido, trabajar para una empresa en el área de marketing y estudios de mercado puede aparecer como una “traición” al ideal transmitido en la Carrera.

“Entrar en [principal laboratorio de productos farmacéuticos] fue como la primera traición a lo que yo hubiese querido ser como socióloga. Porque era entrar en el mercado... en la investigación de mercado a pleno, para una multinacional, con todo lo que implicaba. Yo hice siete años de carrera y nunca pensé que iba a vender aspirinas. O sea, que iba a trabajar en pos de que [el laboratorio] venda más aspirinas a gente que no las necesitaba. Para mí era como [...] el primer quiebre. Lo viví como una traición.” (Socióloga, sector privado)

No es sorprendente entonces que para muchos sociólogos la realización de estas actividades aparezca como una ocupación “refugio”, como algo que se hace cuando no queda otra opción. Aun en aquellos casos en que esto no sea así y se valore el

aprendizaje metodológico que se puede hacer en estas empresas [12], la tensión reaparece. El peso de la definición de la sociología es tal que muchas veces el paso por estas empresas se interpreta como una experiencia de investigación sólo *a posteriori*, cuando el conocimiento y experiencia allí desarrollados pueden ser puestos en juego en una investigación académica. Mientras se trabaja allí, no importa que se apliquen las herramientas propias de la disciplina —encuestas, entrevistas en profundidad, grupos focales, etc.— o que se disponga de recursos para utilizar metodologías y encarar estudios a una escala impensable en el medio académico, domina una persistente sensación de alejamiento de la sociología. Las temáticas tanto como la finalidad de tales estudios establecen una brecha insalvable. La definición de sociología puede constituir, en este sentido, una fuerte traba para la inserción de estos sociólogos en el mercado y las empresas.

“Éramos muchos sociólogos en la consultora, muchos decían *ah, bueno, ¿pero y esto, para qué sirve?, ¿esto a quién le importa, a la persona que se quiere llenar de plata?* Yo en ese momento lo ponía en términos de *a mí me interesa esto por un tiempo [...] y después me dedicaré a otra cosa.*” (Socióloga, sector estatal, anteriormente sector privado, área de análisis de mercado)

“Es una veta enteramente comercial. Y yo no me formé para eso, digo, claramente no me formé para eso. Y lo pude hacer, sí. Por eso te digo que lo que me pasaba era que lo hacía con tal desapego que en algún punto no sé si lindaba la irresponsabilidad.” (Socióloga, sector privado, área de análisis de mercado)

En la misma línea, es interesante resaltar la preferencia que el trabajo en análisis de opinión pública puede recibir frente a los estudios de mercado. Su temática vinculada a fenómenos sociales y políticos de mayor envergadura, sin responder al ideal académico de sociología, puede hacer que se perciba como una inserción menos distanciada, aun cuando comparta con los estudios de mercado una misma finalidad económica.

“Yo sentía como que me alejaba de la sociología con la investigación de mercado. Ésta era la sensación [...] Muchas veces me dicen *hubieses seguido por el lado de investigación de mercado que te hubiese dado mucho*

más plata. Pero yo sentía que estudiar cómo va Coca- Cola o una nueva línea de bebidas no me seducía.” (Socióloga, sector estatal, anteriormente sector privado, área de análisis de opinión pública)

Frente a ello, el trabajo en una agencia estatal o en ciertas organizaciones de la sociedad civil, aun cuando no responda estrictamente a la definición legítima de lo que hace un sociólogo, al compartir con ella una preocupación por la intervención, aparece como un espacio donde es posible, al menos en principio, poner en práctica el compromiso “social” propio de la sociología. Comparte, por lo demás, el rechazo de la lógica comercial, en favor de una misión que puede ser vivida como más “trascendente”. En este sentido, para ciertos sociólogos estas inserciones aparecen como ámbitos de ejercicio laboral menos tensionados con el ideal del sociólogo, preferibles a cualquier empleo en el ámbito privado. Cabe destacar que la práctica en estas instituciones muchas veces presenta un carácter burocrático o administrativo muy marcado, carácter que, en principio, vuelve las herramientas y destrezas propias de la disciplina ciertamente prescindibles. En el acceso y realización de estos trabajos importa más la posesión de un título universitario, cualquiera sea, que la calificación como sociólogo.

Como testimonio del carácter poco estimulante que pueden revestir estas inserciones, es interesante destacar el rol que asume para estos sociólogos la realización de un posgrado o la práctica de la enseñanza universitaria como estrategia para mantenerse en forma intelectualmente. Más que la búsqueda de una profundización y especialización de su formación en vistas al ejercicio profesional o la traducción en un dispositivo de enseñanza de aquello que realizan en su principal inserción, se trata de encontrar un espacio que conecte con la definición de sociología como empresa intelectual y académica.

“[Dar clases] te mantiene vivo el sistema intelectual que me parece que cuando uno empieza a trabajar en estos organismos, todo eso se te va como apagando y lo tenés que estar avivando y echándole un poco de nafta porque si no te arruinás.” (Sociólogo, sector estatal)

“Hay veces que el trabajo en el Estado es muy desmotivante [...] Es imposible de remontar anímicamente [...] Lo que he tratado siempre es de complementar con docencia que, para mí, la docencia de la sociología me

parece un ejercicio que lo hago por mí, precisamente, para estar en contacto con el material sociológico, para obligarme a estar actualizada porque sino, por ahí, me pierdo de un montón de cosas interesantes.” (Socióloga, sector estatal)

Ahora bien, este carácter burocrático no es el único inconveniente de trabajar en el Estado. Además de las restricciones materiales que caracterizan muchas de sus dependencias, los sociólogos deben hacer frente a la secular inestabilidad de una institución débil y accidentada como es el Estado en Argentina (Sidicaro, 2003). Allí, el recambio de los equipos de gobierno y administración supone con frecuencia profundas reorientaciones de las políticas e iniciativas estatales, cambios que, en el nivel del trabajo cotidiano, pueden conllevar altas y bajas de las actividades a realizar muy marcadas. Pueden, incluso, producirse largos períodos en los que hay muy poco para hacer. Si ello no implica necesariamente la pérdida del empleo para esos trabajadores, esta marginación produce malestar, pérdida del sentido y desmotivación. No obstante, el trabajo allí es, para muchos, preferible al ingreso al mundo privado.

“Tiene que ver con los vaivenes políticos muchas veces, proyectos que se montan y se desmontan en menos de cuatro minutos, no duran ni los cuatro años de la gestión; ese tipo de cuestiones que complican... Y yo no dejo de pensar un programa como un programa, por más que entienda todo el contexto en el cual se inserta. Entonces me cuesta entender cómo su desarrollo, evaluación y revisión no tienen una vida propia [...] Pero no me genera un ruido desde la temática en sí misma, o sea, me gusta la educación [en el Estado], creo en el valor que tiene en sí misma, me gusta dedicarme a eso, es una temática social que me gusta mucho más que una temática comercial, sin ninguna duda, por empatía.” (Socióloga, sector estatal, anteriormente sector privado, área de análisis de mercado)

La redefinición de la sociología. Valoración de la formación recibida, críticas a la academia

Que los sociólogos insertos fuera de la academia lleven a cabo unas tareas que no se acomoden a la idea de sociología internalizada en la Carrera no implica, sin embargo, que no se reconozcan como sociólogos. Aun quienes se insertan en las actividades más

tensionadas con el deber ser de la sociología no dejan de aspirar a ser reconocidos como sociólogos. Por supuesto, la idea de sociología incorporada durante la socialización universitaria no presenta un carácter estático que se mantendría inmodificado a lo largo del tiempo, indiferente a las distintas prácticas que van asumiendo los sociólogos en su desarrollo profesional. Como indica Piriou (2006: 14) en su trabajo sobre los sociólogos practicantes en Francia, la identidad y la imagen de la sociología que adoptan los sociólogos tienen un doble anclaje. Son el resultado de un proceso de socialización universitaria —donde se adquiere no sólo un conjunto de conocimientos técnicos sino una visión moral sobre lo que es y debe ser la disciplina— pero también el producto de las interacciones que los sociólogos mantienen entre sí y con otros actores en sus medios de trabajo. De hecho, a medida que pasa el tiempo, los sociólogos van desarrollando, en función de sus posiciones, sus experiencias, los objetivos de las instituciones de las que forman parte y de sus nuevos mundos de referencia, otras formas de entender la sociología que, en varios casos, cuestionan y se distancian de la definición adquirida en el paso por la universidad. Ahora bien, en tanto aquella idea define al sociólogo como alguien que lleva adelante una actividad distinta de la que ellos realizan en su quehacer cotidiano, los sociólogos no académicos se ven obligados a emprender una conflictiva redefinición de la idea de sociología.

Excluida la posibilidad de entenderla como una profesión, como un conjunto de técnicas y saberes específicos susceptibles de participar en procesos de asesoramiento y toma de decisiones de distintos actores e instituciones de la sociedad, la sociología es resignificada como una “formación general”, como una manera diferente y crítica de ver las cosas. No importa donde se desempeñen, en el Estado, las empresas o el tercer sector, para estos sociólogos su disciplina se define como una particular lectura del mundo, capaz de ir más allá de las apariencias y de encuadrar los procesos más particulares en un contexto más general que la mirada no iniciada desconoce.

Es esta perspectiva, esta “forma de ver el mundo”, la que estos sociólogos reivindican como aquello que los distingue del resto de las profesiones más que las herramientas metodológicas propias de la disciplina o la especialización alrededor de ciertas problemáticas u operaciones que justificaría la reivindicación de una jurisdicción sobre ellas, como ocurre con las profesiones tradicionales (Abbott, 1988). En los más variados

ámbitos de trabajo, los sociólogos coinciden en señalar esta particular forma de ver las cosas como su aporte diferencial.

“Un buen sociólogo seguramente va a ser un buen investigador de mercado, aunque necesite de unos conocimientos específicos adicionales que se pueden adquirir perfectamente, pero [...] las ciencias sociales te dan una visión global que, a la hora de hacer un análisis de investigación de mercado, suma muchísimo. Por ejemplo, el análisis de una marca de jamón cocido: un tipo que por ahí no es sociólogo te lo mira como un producto específico, qué sé yo... Pero vos, como sociólogo, mirás el jamón cocido dentro de un ámbito de consumo de determinadas comidas y determinados cambios sociales: la gente come más sándwiches al mediodía porque tiene menos plata, porque está enraizada esta costumbre dentro del grupo social, dentro de clases sociales o niveles socioeconómicos y, no sé, quizá podemos seguir toda la tarde. Pero, digamos, podés verle ese lado que, generalmente, desde las empresas no es visto [...] Esa visión, eso es lo que te da la facultad, el estudio de una carrera como Sociología.” (Sociólogo, sector privado, área de análisis de mercado)

“Hay veces que quienes están muy en investigación de mercado y no tienen como una lectura más crítica de lo que pasa alrededor no pueden entender determinadas cosas que te las da el contexto, no te las da la investigación, que sólo se pueden leer en contexto. Eso sí estaba bueno de mi aporte, de mi formación. No sólo el concepto marketinero sino el concepto de una lectura crítica de la realidad”. (Socióloga, sector privado, área de análisis de mercado)

El peso de la idea de sociología transmitida durante la Carrera no elimina el carácter controversial alrededor de la cuestión de los límites de la disciplina. Una interpretación de la sociología como una “formación general” permite, en este contexto, que aun cuando estos sociólogos no se dediquen a lo académico, ideal en el que fueron formados, puedan reivindicar su pertenencia a la disciplina que estudiaron.

Hay quienes, enarbolando su propia práctica profesional como una forma diferente de concebir y practicar la sociología, no ahorran críticas a la sociología que se realiza en la academia. El acento en la intervención, en una voluntad transformadora de la sociedad

asociada a la idea recibida en la Carrera, es, por ejemplo, reapropiado por estos sociólogos y vuelto en contra de la práctica académica, en una operación que, a la vez que justifica el propio distanciamiento de un mundo que se juzga perniciosamente ensimismado, apunta a disputar los límites de la sociología discutiendo la naturaleza y el sentido del “compromiso” del sociólogo.

La crítica dirigida contra una sociología académica concebida como “un lugar de fabricación de *papers*, absolutamente ya imparabile, adentro de una lógica de congreso tras congreso”, no quiere confundirse, no obstante, con una defensa de la acción puramente política o militante, o con el accionar propio de los trabajadores sociales. Estos sociólogos, en un juego complejo de distinciones, reivindican su formación teórica a la hora de pensar las intervenciones concretas en la sociedad.

“Hay centros de investigación privados que se pasaron décadas hablando del embarazo adolescente. Pero, ¿qué estuvieron haciendo por el embarazo adolescente? Nada más que hablándole a su propio mundo, dentro de su propio campo, sin ningún tipo de proyección hacia ningún lado. Y vos te vas a Centroamérica y tenés una ONG donde hay sociólogos que trabajan con prostitutas —de El Salvador, por ejemplo— y hacen talleres. Digo, no son ningunos tontos ni trabajan juntando ropas para los pobres, ni hacen caridad ni nada. Están volcando todo su marco, su conocimiento y articulándose. Pero a esos sociólogos no los conoce nadie. Para mí es un desaliento, una decepción [...] Si vos tenés alguna idea de hacer alguna aplicación práctica [...] sos considerado un inocente, un pichón; sos de alguna manera descalificado: *No pierdas tiempo, seguí con tu doctorado.*” (Socióloga, sector estatal)

“En muchos casos, me parece que hay falta de compromiso político con lo que se hace, con lo que se investiga. Digo, hablo de la academia más cerrada... Desde mi punto de vista, con una intervención similar a nada, digamos, cercana a nada. *La música electrónica de los años ochenta y su vinculación con la danza de rap de la década posterior.* No sé. ¿Viste? [...] Investigar es a la vez necesariamente intervenir... Porque para mí, investigar es para eso, no para publicar un buen *paper*... Pero tampoco desde la intervención por la intervención en sí misma. *Vamos a la villa a...* ¡No! No es por ahí para mí tampoco. Para mí es desde mi más claro y puro conocimiento

sociológico. Pero no la investigación por la investigación en sí misma. Esa es la cosa para mí fundamental. No están separadas. En algún momento hay que hacer algo, algo que tenga impacto en mi realidad más cercana.” (Socióloga, sector privado, área de análisis de mercado)

Pese a las distancias que median entre la formación recibida y la práctica profesional que desarrollan en sus distintas inserciones laborales, estos sociólogos, más allá de alguna crítica puntual, tienen una valoración altamente positiva de la formación recibida en su paso por la Carrera. Trabajen en el Estado, en el sector privado o en las organizaciones de la sociedad civil, consideran que los conocimientos y técnicas más concretos que aplican en su quehacer cotidiano pueden aprenderse en la propia práctica laboral y no sugieren, por lo mismo, que sean contemplados en los contenidos de la currícula. Aun cuando sus primeras experiencias les hayan requerido una pronta y exigente conversión a los ritmos y habilidades exigidos en sus ámbitos laborales, en tanto lo central de su identidad como sociólogos está referido a la particular forma de ver las cosas que atribuyen a su paso por esa institución, no reclaman, contra lo que se podría presumir, un entrenamiento más conectado al mercado laboral.

Reflexiones finales

Los dilemas y tensiones suscitados por la inserción profesional de los sociólogos fuera del mundo universitario no constituyen una particularidad del caso argentino ni son, en términos estrictos, una cuestión novedosa. Basta recordar la fuerte implicación de los padres fundadores de la disciplina en los debates y controversias que agitaban las sociedades europeas en transición a la modernidad y su igualmente tenaz vocación por hacer de la sociología un insumo central de los diagnósticos e iniciativas del momento.

De allí en más los sociólogos debieron hacer frente a tales tensiones cada vez que pusieron en juego un ejercicio de su disciplina que iba más allá de la práctica estrictamente académica. La cuestión, siempre conflictiva, generó clivajes y divisiones de variable intensidad que, en distintos momentos y lugares, se resolvieron de forma particular (Burawoy, 2005). La tensión entre la definición de la sociología como una profesión o como una empresa crítica vinculada al compromiso social y político no dejó

nunca de dividir aguas y ha sido reactualizada con la expansión y diversificación del mercado de trabajo de los sociólogos [13].

Alrededor de esa cuestión, otras tensiones se ponen en juego, siempre resignificadas de acuerdo a los contextos particulares: ¿la sociología debe dirigirse a una audiencia extra-académica, a riesgo de ser instrumentalizada, o limitarse a su desarrollo como una especialidad académica autónoma, a riesgo de perder conexión con lo que ocurre en la sociedad que estudiaba? ¿Los sociólogos deben aspirar a intervenir desde una posición valorativa en los debates contemporáneos a la manera del intelectual clásico o conformarse con el rol del experto valorativamente neutral que sólo decide sobre los medios más racionales? ¿La sociología debe constituirse como “ciencia del Estado” o como discurso contra el Estado y su “aparato de dominación burocrático”?

En el caso de los graduados de la UBA, según hemos podido ver, en la medida en que el espacio en que se formaron permaneció relativamente cerrado a los cambios del mundo laboral, el trabajo de redefinición y respuesta a los dilemas suscitados por estos desarrollos recayó en los propios individuos, individuos que habían incorporado una definición de la disciplina que no coincidía con aquello que debían hacer día a día en su práctica profesional. La incapacidad institucional de la Carrera para procesar la cuestión laboral y su persistente cerrazón frente a las inserciones de la mayoría de los graduados, así como la debilidad y marginalidad de los colegios profesionales, hicieron que los esfuerzos e iniciativas para redefinir la sociología, recayera en los individuos particulares. Más allá de las angustias e incertidumbres en el plano individual, cabría preguntarse si un tratamiento y discusión colectivos sobre las transformaciones del mercado de trabajo de los sociólogos, no derivaría en una práctica de los graduados susceptible de reivindicar, en mejores condiciones, una mayor injerencia y autonomía de criterio a la hora de responder a las necesidades de sus contratantes.

Notas

[1]: Este trabajo está basado en una serie de entrevistas en profundidad a una muestra intencional de sociólogos con distintas inserciones laborales (llevadas a cabo entre 2008 y 2011). Los entrevistados, más de treinta, forman parte de distintas camadas de graduados que realizaron sus estudios en la Universidad de Buenos Aires en el período que va de 1984 a 2002. Para el apartado donde se refiere el proceso de reorganización de esta carrera, iniciado en 1984 con la vuelta de la democracia, se hizo un conjunto de entrevistas a informantes clave (autoridades de la carrera, rector normalizador, estudiantes y profesores) y se analizó material documental del período (concursos docentes, programas de las materias, octavillas de las agrupaciones estudiantiles). Para un relato más pormenorizado de este episodio puede verse Blois (2009).

[2]: Según Braga (2009: 154), la relación de la sociología en Brasil con la idea de profesión, muy similar a la registrada en el caso argentino, debe vincularse también a la fuerte influencia del contexto de politización de los años setenta, momento que constituye un “período de inflexión en la disciplina” que explica la falta de preocupación por la profesionalización y el empleo por fuera de la academia de los sociólogos.

[3]: Como señala Vommaro, la relación entre las encuestas de opinión y las ciencias sociales en Argentina ha sido conflictiva. “Aun cuando la mayor parte de los expertos tenga una formación como sociólogos, su intento de imponer la práctica de las encuestas como una rama importante de la sociología no tendrá el éxito esperado. [...] Las dificultades para imponer como legítima, en el medio universitario público, la técnica de la encuesta tal como era utilizada por los expertos para medir las opiniones y las intenciones de voto, contribuyó a la progresiva “migración” de los encuestadores hacia las universidades privadas” (Vommaro, 2008: 94,95). Estas instituciones, a diferencia de lo que ocurría en la carrera de sociología de la UBA, ofrecieron un marco en el que su particular *expertise* podía ser valorizada en nuevas ofertas académicas.

[4]: Sociología fue una de las pocas carreras de la Universidad de Buenos Aires que no modificó su plan de estudios, que sigue vigente desde 1988, en el contexto de reformas suscitado en los años noventa (Beltrán, 2005).

[5]: El Consejo de Profesionales de Sociología (CPS), surgido en 1988 con la misión declarada de promover la “profesión de sociólogo”, en contraste con la fortaleza que tienen sus pares de otras disciplinas y su incidencia en la formación de los futuros profesionales, mantuvo débiles vinculaciones con la Carrera, incapaz de incidir en la formación impartida. Durante la dictadura militar, su antecesor inmediato, el Colegio de Graduados en Sociología (CGS), se había constituido como un espacio de reunión de varios de los sociólogos que habían sido excluidos de la Carrera. A partir de la organización de cursos de distintas temáticas —con un cierto énfasis en lo metodológico y en las técnicas de investigación— y otras actividades —se logró realizar un congreso nacional de sociología que recibió varias ponencias—, constituyó, como vimos, junto con algunos centros privados de investigación y ciertas universidades privadas, un espacio alternativo para el trabajo y formación de aquellos sociólogos que no participaban de lo que acontecía por ese entonces en la Universidad de Buenos Aires. Sin embargo, a partir de 1984 y pese a que muchos de los sociólogos que habían animado esta institución se reincorporan a la Carrera, las actividades del CPS tendieron a ser invisibilizadas, perdiendo con el tiempo su dinamismo.

[6]: La afirmación del peso que estas redes tienen como mecanismo de ingreso al mundo laboral —académico y no académico— compromete las posibilidades de los sociólogos que no disponen de conocidos o amigos frente a aquellos que están mejor dotados, sea porque pertenecen a familias que disponen de un alto capital social, sea porque a lo largo de la cursada pudieron capitalizar ciertas habilidades sociales estableciendo vínculos duraderos con profesores capaces de ubicarlos laboralmente. Por supuesto, una carrera que no renegara de la problemática laboral atenuaría el peso que tienen tales redes en la conformación de las trayectorias profesionales. El capital social opera entonces como un dispositivo de cierre social (Parkin, 1979) para aquellos sociólogos desprovistos de conexiones. El peso de las redes informales de conocidos y amigos en el ingreso al mundo laboral ha sido reconocido en una encuesta realizada a graduados (Rubinich y Beltrán, 2010). Tal peso no es una especificidad de la sociología. Granovetter (1974), en este sentido, ha subrayado la importancia a la hora de conseguir un empleo. Ahora bien, la despreocupación de la Carrera de Sociología por el futuro laboral de sus graduados acentúa su injerencia.

[7]: Un ejemplo paradigmático de esto lo constituyen los sociólogos empleados en el sector privado a través de los denominados 'Programas de Jóvenes Profesionales' implementados por grandes empresas para incorporar universitarios recientemente egresados cuyos requisitos son poseer título universitario y conocimientos del idioma inglés. Una vez incorporados, durante un año estos jóvenes realizan cursos de preparación brindados por la empresa y recorren distintas áreas de la misma, donde la formación específica recibida en la Carrera importa menos que el nivel cultural que asegura el haber pasado por una universidad.

[8]: Por lo demás, la experiencia en algún grupo de investigación o cátedra universitaria constituye un antecedente indispensable para aspirar a una posición rentada en el sistema académico.

[9]: Ésta, como el resto de las traducciones, es mía

[10]: Por supuesto aquí no se trata de una desviación en relación a la sociedad en general —como es el caso de los consumidores de marihuana o los músicos de baile— sino de un conjunto o segmento profesional frente a otros segmentos.

[11]: Como señala Braga (2009: 162), “los científicos sociales en investigación de mercado pueden ser vistos como en una posición desviada en relación con el conjunto de los científicos sociales, pero no en todos los aspectos. Probablemente las posiciones se invertirían, por ejemplo, si nos centráramos en el mercado de la investigación y su confluencia de intereses con la competición política y de mercado, o sea, con el poder institucionalizado económicamente y políticamente, siguiendo las principales dimensiones de la estratificación social. La perspectiva crítica, como la que representan algunos sectores académicos, es la que devendría una posición y comportamiento no convencional”.

[12]: Dada la afluencia de recursos con que cuentan las consultoras, tanto por su alcance como por la sofisticación del instrumental estadístico que aplican, los estudios cuantitativos allí realizados contrastan fuertemente con el uso de datos secundarios y el predominio de estrategias cualitativas en los medios académicos. Sigal (2005: 9) vincula “el auge de las variantes de la etnología” de los últimos años a la secular escasez

material que caracteriza estos ámbitos.

[13]: Para el caso francés, puede verse Piriou (2006). Es interesante también el conjunto de intervenciones compiladas en Lahire (2006). Sobre Estados Unidos, Cf. Burawoy (2005). Para el caso brasilero, llamativamente similar al argentino en varios aspectos, ver Bonelli (1993) y Braga (2009). Para España, Alvira Martín (2001). Para Portugal (Da Costa, 1988; Torres, 2009). Si muchos de las tensiones y polémicas que se suscitan a su alrededor constituyen fenómenos universales, su expresión concreta y desarrollo es siempre dependiente del contexto particular.

Bibliografía

Abbott, A. (1988). *The System of Professions*, Chicago, The University of Chicago Press.

Alvira Martín, F. (2001). 'Presente y futuro de la sociología en España', *Revista Española de Sociología*, Núm. 1.

Beltrán, G. (2005). 'Formación profesional y producción intelectual en tiempos de cambio político', en Levy, B. y Gentili, P., *Espacio público y privatización del conocimiento*, Buenos Aires, CLACSO.

— (2010). 'Las ciencias sociales y el surgimiento de un mercado del saber experto. Las bifurcaciones de la sociología argentina en el final del sigloXX', en Rubinich, L. y Beltrán, G. (eds.) (2010). *¿Qué hacen los sociólogos?*, Buenos Aires, Aurelia Rivera.

Blois, J. (2009). 'Sociología y democracia. La refundación de la Carrera de Sociología en la Universidad de Buenos Aires (1984-1990)', *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, Núm. 26.

Burawoy, M. (2005). 'Por una sociología pública', *Política y Sociedad*, Vol.42, Núm.1.

Brunner, J. y Barrios, A. (1987). *Inquisición, mercado y filantropía*, Santiago de Chile, FLACSO.

Buchbinder, P. (2004). *Historia de la universidades argentinas*, Buenos Aires Sudamericana.

Da Costa, A. (1988). 'Cultura profesional dos sociólogos', *Sociología*, Núm. 5.

Granovetter, M. (1974). *Getting a job: a study of Contact and careers*. Cambridge: Harvard University Press.

Grupo Taller Pensar la Facultad (2009). *Aprendiendo sociología. La impronta de la Carrera en la experiencia de los estudiantes*, Buenos Aires, La gomera.

Halliday, T. (1992). 'Introduction: Sociology's Fragile Professionalism', en Halliday, T. y Janowitz, M. *Sociology and its Publics*, Chicago, The University of Chicago Press.

Lahire, B. (dir.) (2006). *¿Para qué sirve la sociología?*, Buenos Aires, SigloXXI.

Parkin, F. (1984). *Marxismo y teoría de clases. Una crítica burguesa*, Madrid, Espasa Calpe.

Perel, P., Raíces, E. y Perel, M. (2006). *Universidad y dictadura*, Buenos Aires, Ediciones CCC.

Piriou, O. (2006). *La face cachée de la sociologie*, Francia, Belin.

Raus, D. (2007). 'La sociología en el *Proceso*', *Sociología en Debate*, Núm. 1.

Rubinich, L. y Langieri, M. (2007). 'La sociología ahora', en *La sociología ahora*, Buenos Aires, SigloXXI.

Rubinich, L. y Beltrán, G. (2010). 'Prácticas heterogéneas y trayectorias complejas. Algunos comentarios sobre el campo de la sociología analizado a partir de las ocupaciones de los sociólogos', en: *¿Qué hacen los sociólogos?*, Buenos Aires, Aurelia Rivera.

Sidicaro, R. (2003). *La crisis del Estado*, Buenos Aires, Cuadernos del Rojas.

Sigal, S. (2005). 'Prefacio' en Merklen, Denis: *Pobres ciudadanos*, Buenos Aires, Gorla.

Testa, J. (s/f). *Estudio comparativo de graduados*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires.

Torres, A. (2009). 'Sociology, Science and Profession. The Portuguese Experience' en *The ISA Handbook of Diverse Sociological Traditions*, Sage.

Vessuri, H. (1992). 'Las ciencias sociales en la Argentina: diagnóstico y perspectivas', en Oteiza, E. (Ed.): *La política de investigación científica y tecnológica argentina. Historia y perspectivas*, Buenos Aires, CEAL.

Vommaro, G. (2008). *Lo que quiere la gente*, Buenos Aires, Prometeo.

Resumen

Este artículo se propone analizar las relaciones entre la formación en sociología de la Universidad de Buenos Aires y las prácticas profesionales de sus graduados. A partir de la reconstrucción del proceso de conformación de la Carrera de Sociología y del estudio de las trayectorias laborales de sus graduados, se procura dar cuenta de las tensiones entre la concepción de la disciplina en la que los sociólogos son socializados durante su formación universitaria y el desarrollo de una práctica profesional por fuera de la academia.

Palabras clave

Sociología argentina, socialización universitaria, profesionalización.

Abstract

This article seeks to analyze the relationships between the course of Sociology at the University of Buenos Aires and the professional practices of its graduates. Through the analysis of the process of organization of the degree in Sociology and the study of the professional careers of its graduates, it tries to account for the tensions between the discipline's conception in which sociologists are socialized during their training at the university and the development of their professional practice outside the academy.

Keywords

Argentinean sociology, undergraduate socialization, professionalization.